



SERIEGÓTICA

Primera edición,
Junio 2010

Copyright © Montserrat Bustos
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS
EPICOS**
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11
Portal 4, 3ºB, 29190
Puerto de la Torre, Málaga
Tlf: 951 93 11 34
info@mundosepicos.es
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-08-7

Ilustración de cubierta: JOSÉ GABRIEL ESPINOSA
Diseño gráfico y maquetación: SILVIA RASERO

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,
ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,
por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://elaura.mundosepicos.es>



MONTSERRAT BUSTOS



*Dedicado con todo mi corazón
a mi marido y mis hijos,
porque ellos, sin lugar a dudas, son
MI AURA.*

PREFACIO

El amor no tiene por qué ser un sentimiento.

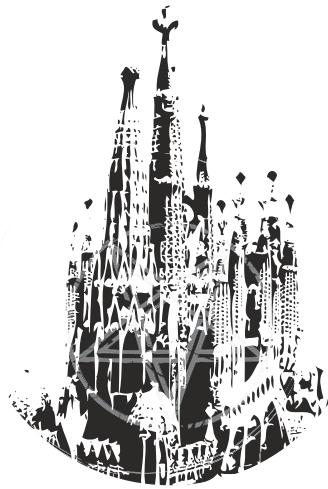
A veces... puede convertirse en un estado de ánimo, en una forma de vida, en algo... sin lo que te es imposible siquiera respirar.

Eso es lo que yo sentí cuando conocí a Eva. Cuando me enamoré por primera y última vez.

Hasta aquel día no había conocido la felicidad plena.

Pero el destino tuvo a bien el obsequiarme con otros muchos sentimientos... o estados de ánimo que tampoco conocía y que, por desgracia, no resultaron ser tan placenteros... como el amor.

Acariel.



CAPÍTULO 1

—Subirás a la Tierra a demostrar que eres digno de ser mi hijo. Llevo tantos años reinando en el Infierno que casi he perdido la cuenta, y como bien sabes... tengo una memoria excelente. —Sonrió—. Creo que me merezco unas vacaciones. Tú eres mi primogénito, por tanto tú debes ocupar mi lugar.

Hice ademán de abrir la boca, pero alzó un dedo en mi dirección.

—No hay discusión al respecto —sentenció.

Maldita sea, aunque eso sea técnicamente imposible, por un momento me quedé helado. La Tierra, ese lugar lleno de seres débiles, manejables y volubles. Y no se conformaba con mandarme a corromper a los políticos, soldados o ricachones en general.

—¡No! —me dijo—. A éstos ya los tengo bajo control. He tenido una idea bastante más succulenta. He localizado una ciudad en España, un lugar donde los únicos desastres son la pobreza, el hambre y la muerte; y quiero más. Quiero que se ciernan sobre ella los siete pecados capitales de un modo devastador.

—Pero, padre...

—Y que sea rimbombante —añadió—. La juventud, una universidad. Son los más fáciles de manejar, no tendrás problemas.

¡Estupendo! O sea que recién cumplidos los trescientos seis años iba a convertirme en un niño de diecisiete o dieciocho y a relacionarme con proyectos de personas de igual edad. Tendría que vestir como ellos. ¡Puaj! Y hablar como ellos. Aunque eso no me costaría trabajo, desde luego. Tenien-

EL AURA

do memoria fotográfica todo se capta con mayor rapidez. A pesar de todo, ese lenguaje que usan («¡Eh, tío! ¿Qué pasa, nen? ¡Oye, colega!»), entre otras muchas niñerías) me parece de lo más pueril.

Además, para rematar, tendría que comer esa bazofia que llamaban comida para hacerlo más creíble.

—¿Cómo se supone que voy a hacer eso, padre? Se darán cuenta. Incluso el más idiota. ¿No crees que verán que soy un poquito... diferente?

—Ya he pensado en eso —contestó—. Deberás tomar un cuerpo. Te he encontrado uno perfecto. La Universidad está en una ciudad llamada Barcelona, al norte de España. Se llama Pompeu Fabra y el muchacho en cuestión... bueno, es idóneo. Sus padres fallecieron en un accidente de coche hace tres años y desde entonces vive con su tío, que es un alcoholico de tomo y lomo. Apenas se relacionan. Cuando entres en su cuerpo yo me quedaré su alma y tú obtendrás unos pocos recuerdos de sus últimos meses. A partir de ahí... tendrás que improvisar, ya sabes, hijo. —Levantó una ceja y con una sonrisa burlona dijo—: El diablo sabe más por viejo que por diablo.

Guiñó un ojo e hizo un chasquido.

—Sí, ya sé, padre: EL ACUSADOR, TENTADOR, MALIGNO, PADRE DE LAS MENTIRAS Y BLA, BLA, BLA... Ya me sé esa canción.

Un trueno retumbó con estrépito.

—¡ACTÚA! —gritó. Se había enojado de verdad—. O te aseguro que vas a desear estar en el Cielo cuando te traiga de vuelta —añadió luego suspirando—. Acatriel...

Hablaba en tono más tranquilo. Incluso pude ver por un instante, en sus ojos, un atisbo del amor que tanto deseaba que sintiera por mí.

—Te pareces tanto a tu madre que me asustas.

Mi madre había muerto al darme a luz. Era un ángel de la guarda. Mi padre la amó, a su manera, claro, pero la amó. La había rescatado del limbo en el que Dios la había sumido por devolverle la vida a un niño al que él había llamado a su lado. Ella nunca consiguió sus alas. Mi padre la dejó embarazada aun sabiendo que los ángeles no pueden concebir un hijo del rey del Infierno sin dar su vida a cambio. Y ella la entregó por la mía.

—¿Qué tiene ella que ver con esto? —le dije.

—Eres frágil, sensible y bello —contestó, tocándome la cara con la yema de los dedos—. Pero también eres hijo mío, por lo que tienes fortaleza, aunque seas mestizo. Así que podría decir que... eres... —Enarcó una ceja, riendo por lo bajo—. Un ángel destructor —dijo.



Montserrat Bustos

- Supongo, padre, que eso significa que no tengo elección.
- El Infierno o el Cielo, príncipe o lacayo, tú decides.
- ¡GENIAL!



—¿Por qué no me has dejado ir a mí, padre?

—Beelzebub —dijo mi padre casi cantando—. Tú eres demasiado impulsivo, y queremos pasar desapercibidos. Eres joven. Ya tendrás tu oportunidad. Además —se cruzó de brazos—, a ti no necesito ponerte a prueba. Tú eres un pura sangre, hijo mío. Tu madre era Astoreth, Diosa de la Naturaleza. Tenía sangre real y provenía de mi linaje. Por lo tanto, por tus venas corre el fuego.

—Pero es que aquí me aburro —contestó—. Estoy harto de tsunamis, terremotos y tornados. Me aburro tanto que el otro día desintegramos a Leonard sólo para distraerme. Todavía debe estar recomponiéndose.

Leonard era el instructor de los jóvenes; impartía clases teóricas sobre el mal a pequeña escala.

—Te dije que no hicieras eso, Beelze. ¿Acaso no sabes lo que escuece?

En el tono de mi padre podía percibirse el orgullo que sentía por él, a pesar de que intentaba ocultarlo.

Estaba en mi habitación lamentándome por el hecho de tener que subir por primera vez a la Tierra, mientras debía escuchar a ese berzotas de Beelze hacerlo por todo lo contrario. Menuda ironía. La verdad... es que bien podría subir él. A mí no me apetecía en absoluto.

—Déjame ir. Podría echarle una mano a ese negado —dijo Beelzebub, resoplando.

—Dale un voto de confianza a tu hermano, Beelze. Lo intenta.

—¡FRACASA! —dijo con repugnancia—. Todo en él es un fracaso.

—Es... tu hermano mayor.

—Ni me lo menciones. Menuda deshonra.

—A propósito, cambiando de tema —dijo mi padre levantando una ceja—, si vuelves a desintegrar a alguien, te quitaré los poderes. ¿Me has entendido?

—Sí, papá, copiado. Haz el mal, pero no seas animal.

—Exacto —dijo mi progenitor carcajeándose.

Por alguna extraña razón todavía albergaba la esperanza de que mi padre cambiara de idea en el último momento. A fin de cuentas, él sabía que yo no deseaba reinar en el Infierno. Aunque, bien pensado, me aterraba la idea de

EL AURA

cederle ese honor a mi hermano. Él es... ¿cómo lo diría? Digamos entre otras muchas cosas que está encantado de conocerse. Se admira enormemente y si hay algo que pudiera fascinarle por encima de sí mismo, eso sería la exterminación de la Tierra y de todo lo que en ella habita. Su placer más absoluto se reduce a impartir el mal allí y causar desastres por doquier. Su última diversión, por ejemplo, no fue otra que... un triple accidente aéreo en el Aeropuerto de Barajas. Tres aviones colisionaron y ardieron, llevándose por delante la torre de control. Un huracán de lo más inesperado, según las noticias, extendió las llamas y éstas calcinaron gran parte del aeropuerto. Por... presuntos problemas técnicos, las puertas automáticas no lograron abrirse a tiempo para evacuar a la gente. El resultado fue que... miles de personas murieron allí de una forma inhumana y terrible.

Desde luego, si el fuego eterno del Infierno depende de las almas que en él se echan, con mi hermano cerca no se apagará nunca. Ya se encarga de cebarlo a gusto. Bueno, y eso cuando no tiene ganas de mosquear a los de arriba. Porque de ser así, entonces las catástrofes meteorológicas pueden ser de aúpa.

La verdad es que a mí me revuelve las tripas.

Su actitud, a pesar de ser hermanos, es completamente diferente a la mía. A lo más que he llegado ha sido a algún que otro volcán o terremoto ocasional, siempre sin víctimas. Eso y crear lagunas mentales en la gente respecto a su fe en Dios. Y encima sin hacer contacto directo, porque a mí los humanos... la verdad, me parecen de lo más débiles e insignificantes. Quizás por eso no me gusta aprovecharme de su vulnerabilidad para dañarlos o... quizás Beelze tenga razón cuando me dice: *«Si eres tan asquerosamente recatado para todo como para impartir el mal, las diablasas que se acuestan contigo probablemente se duerman de aburrimiento a los cinco minutos. ¿Verdad, hermanito?»*.

Pero qué vulgar es este Beelzebub. Está bien, supongo que no me quedaba otra opción más que acatar las ordenes de papá. Eso o dejar la Tierra en manos de mi hermano.

—Vamos, hijo, vamos —me decía mi padre en tono tranquilizador—. No será tan malo. Piensa que ese al que llaman Dios también envió a su hijo a la Tierra para no sé qué ritual de creencia divina ante los humanos y, por cierto, gracias a mí ellos lo mataron. Tomé sus mentes por completo en esa época. Fueron tiempos de gloria. Tú ni siquiera vas a tener que inmolarte. No te pido tanto, sólo unos cuantos desastres y pecadillos al azar. Te doy tres meses y... hijo. —Posó sus manos en mis hombros—. No me falles.



CAPÍTULO 2

Había localizado al muchacho en cuestión y la verdad es que tenía cara de buena persona. Era una lástima que fuera a...

¡Por todos los truenos y relámpagos! ¿Pero qué me pasaba? En vez de estar disfrutando con la idea de enviarle mi primer acto de maldad a mi padre me estaba apiadando del alma de aquel chico. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Yo me hubiera conformado con seguir con esas tareas infernales que tanto me gustaban. Enseñar a los pequeños a desprender fuego y calor corporal, a crear azufre y a utilizar el poder mental. Ése era mi trabajo, y disfrutaba con él. Además, también estaban los momentos de ocio que hacían de la vida demoníaca un placer sin igual. Me encantaba utilizar mis poderes ancestrales y hacer enfadar a los guardianes del limbo, el espacio entre el cielo y la tierra donde van a parar las almas con asuntos pendientes y las que han sido arrebatadas con demasiada rapidez. También se puede encontrar allí a los ángeles expulsados del Cielo por orden directa de Dios. Ellos también son una parte esencial de la diversión, sobre todo cuando no acceden a venir al Infierno con nosotros por voluntad propia. Eso crea una batalla de bolas de fuego y hielo, llamas y huracanes que te hacen descargar un montón de adrenalina. Es divertidísimo, de verdad. Luego están también los entretenimientos mortales como la lectura, la música o la televisión que, a pesar de no apasionarme, reconozco que para alguien que sólo duerme cuando quiere puede ser de lo más práctico. De vez en cuando he llegado incluso a engancharme a algún que otro culebrón. Patético, lo reconozco.

Esas cosas, entre otras, son normales para mí. Pero esto... esto me quedaba demasiado grande.

—En fin, allá vamos —me dije—. Acatriel, demuestra quién eres.

El muchacho era apuesto. Mediría aproximadamente un metro ochenta y tres. Su pelo era castaño y liso, cortado a lo Terminator. Tenía los ojos de

EL AURA

color marrón verdoso, los labios gruesos y pronunciadas facciones. Y era fornido, no tipo culturista, pero estaba fuerte. Se llamaba Fran... Fran Villa. Pobre muchacho.

Cuando giró la esquina se encontró con una columna de fuego (o sea, yo). Ni siquiera se dio cuenta de nada. Me posé sobre él y poseyendo su mente le obligué a contestarme lo que quería que dijera.

—¿Entregas tu alma al diablo?

—Estoy ardiendo —decía aterrado—. ¿Por qué no me quemo?

—Entrégame... tu alma. ¿Quieres hacerlo? —Tomé por completo su mente.

—Yo, yo. ¡Sí... quiero! —dijo por fin.

Eso fue todo, así de fácil. Casi no me dio tiempo a sentir lástima por él... ¡Casi!

Ya estaba hecho. Ahora sólo faltaba echar los dados y empezar a jugar. Y el juego se las prometía movidito porque, por los pocos recuerdos que habían quedado en la mente del chaval, vida familiar no tendría, pero social... Gracias, padre. Menudo hallazgo.

—Dios. ¿Qué le pasa hoy a Fran? ¿Le habéis visto? —dijo una muchacha que estaba en un grupito a más de cincuenta metros de mí.

Las oía con toda claridad, ya que gozo de un poder auditivo estupendo. Solté una risita. Estos adolescentes... tenían las hormonas disparadas. Por lo que leía en su mente, Fran conocía a esas chicas, pero sólo de vista y poco más.

—Está más bueno que nunca —prosiguió—. Tiene un brillo en los ojos como si hubiera llorado y el pelo como si hubiese metido los dedos en un enchufe. Está sudoroso, parece enfebrecido. Y además, o la camiseta se le ha encogido o juraría que tiene más músculos que ayer.

—Cielos, Carla, cállate ya —dijo Irene—. Quizás está enfermo. El pobre ha cogido un virus y tú aquí pensando en vete tú a saber qué.

—¿A saber qué? —saltó Gisela—. Yo sé muy bien en qué piensa. En lo mismo que todas, señorita... *lo pienso pero no lo digo*.

—Porque no soy tonta —contraatacó Irene—. Da igual lo que pensemos. Ya sabemos quién lo tiene en propiedad, ¿no?

—¡Tatiana! —dijeron las tres a coro.

Tatiana era lo que se llama *la popular*. Todas las demás chicas pululaban, o más bien orbitaban, a su alrededor. Ella era todo lo que alguien podría



Montserrat Bustos

desear. Bella, lista, simpática, con un toque de misterio y adorada por todos en general. Tenía el pelo ondulado y moreno cayéndole en cascada por debajo de los hombros, los labios gruesos y marcados, la piel suave con un tono crema, en el rostro un perpetuo rubor que parecía tatuado y los ojos negros más bonitos e increíbles que había visto jamás. Me recordaba a Paz Vega, esa actriz española tan inhumanamente hermosa como una diablesa. El cuerpo de Tatiana, sin embargo, no era demasiado esbelto, aunque ella le sacaba buen partido.

La verdad, no sé si fui yo o la mente del chaval, que estaba haciendo de las suyas, es que cuando la vislumbré por primera vez me quedé sin aliento. Venía hacia mí sonriendo, mostrando unos dientes perfectos y perlados. De tan divina... parecía que andaba a cámara lenta. Por segunda vez en mi vida sentí frío. Según se acercaba, la sonrisa iba desapareciendo, y eso me vino la mar de bien para ayudarme a pensar en qué le iba a decir. A juzgar por los recuerdos de Fran, él y Tatiana eran novios. Y daba gracias al Infierno de que ese hecho hubiera sucedido hacía apenas dos meses. Todavía se estaban conociendo. Ni siquiera se habían besado en serio, sólo algún que otro piquito ocasional.

—¡Hey! ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien, Frany?

¿FRANY? ¡Por los ángeles perturbados del Cielo! ¿Qué era eso? Sonaba horrible.

—Bi... bi... bien. Síí... muy bien —tartamudeaba, genial.

—Estás como enfebrecido. ¿No habrás pillado la gripe?

—¡Hummm...!

¡Estupendo! Iba prosperando. Una contestación de lo más imaginativa.

—Pues no te acerques, ¿eh? No quiero que me la pegues. Pasado mañana tengo un examen de bioquímica. He estudiado un montón y no quiero perdermelo. ¡Ay! ¡Jooo! Llegaré tarde a clase. Si decides irte a casa, llámame. Si no, ya nos veremos a la hora del almuerzo y... ¡Ah...!

Me tiró un beso con la mano mientras se iba.

—Mejor vete. Tienes un aspecto horrible.

Definitivamente, había sido la mente del chico la que me había influenciado. Porque en cuanto esa Tatiana abrió la boca, la atracción se fue al traste. Era la típica chica a la que le encanta que la miren y que disfruta degradando a los demás. Ésa no necesitaba mucha ayuda por mi parte. Seguro que dentro de, como mucho, ochenta años se las vería con mi padre allí abajo. Bueno, según él se las vería conmigo. Aunque yo no tenía eso muy claro, la verdad.

EL AURA

Mi primera clase era la de economía. El aula estaba casi llena. Me senté al lado de una chica menudita que parecía muy tímida. Por los recuerdos de Fran, apenas se conocían, y aunque habían tenido que sentarse juntos en más de una ocasión, casi no se dirigían la palabra. Mejor. Así sería más fácil.

—Hola, Fran, buenos días.

—Buenos días, Eva. —La miré sólo de refilón con el rabillo del ojo.

—¿Te encuentras bien? —me dijo mirándome—. Estás distinto.

¡Diantres! ¿Tan evidente era? Según los pensamientos del chico apenas se miraban. ¿O era él quien no miraba?

—Estoy... —hice una pausa—. Bien.

—Parece como si tuvieras fiebre.

Vale. Esto era el colmo.

—¡Tal vez tenga la gripe! —le dije enojado—. Cámbiate de sitio, no vaya a ser que te la pegue.

Me sentí... ¡Vaya! No sé cómo me sentí cuando me giré y la contemplé fijamente. Yo no la vi para nada tan digna de poca atención como el chaval. Para mí era preciosa, con las facciones redondas y pequeñas, pelo liso, largo casi hasta la cintura y castaño. Tenía unos grandes y preciosos ojos, castaños también. Sus labios eran carnosos y apetecibles de besar. Y el cuerpo... Era pequeña. A pesar de estar sentada, calculé a ojo de buen cubero que no mediría más de un metro sesenta. Pero la verdad es que estaba de vicio. Tenía más curvas que un circuito de carreras, y ya que los de mi especie, supuestamente, somos de lo más libidinosos, diré que tenía los pechos más imponentes e increíbles que cualquier demonio pueda desear. De hecho, mi actitud estaba empezando a ser de mala educación, porque el resto del examen visual en general había sido rápido, pero en cuanto posé mis ojos en su canalillo no los aparté de allí ni siquiera para hablarle. Pero, bueno, a fin de cuentas, los demonios... ya se sabe. Palabras como malo, repulsivo o vulgar son como piropos para nosotros.

—¡Vaya! ¿En serio crees que tienes la gripe? ¿A ver?

No me dio tiempo ni a reaccionar. Se levantó de golpe y posó sus labios en mi frente. ¡Por el tridente de mi padre! Sentí esos labios húmedos, suaves, y la sensación de placer que me causaron estuvo a punto de convertirme en un auténtico demonio por fin. Quise poseerla allí mismo, con todos esos chicos mirando y probablemente aplaudiendo y vitoreando, influenciados por el poder de mi mente. Pero, no. Me retuve. De algo me tenía que servir ser mestizo.



—Cielos, es cierto. Estás ardiendo. ¿Quieres que avise a alguien?

Recuperé el control en cuanto dejó de tocarme, aunque tuve que apartar la vista para que no se percatara de los destellos rojos que mis ojos desprendían.

—Si empeoro me iré a casa, gracias.

—Vale, como quieras. Y... no te preocupes. —Sonreía tiernamente—. Ya he pasado la gripe. No creo que la coja otra vez. Si necesitas algo...

«Sí —pensé—. Lo que necesito es sentarte encima de la mesa, levantarte esa minifalda que llevas casi soldada de tan estrecha y...». ¡Vale ya! ¡Maldita mente calenturienta! ¿Por qué, en nombre de mi padre, teníamos que ser tan asquerosamente lascivos los demonios? Creo que nuestro pecado capital preferido es la lujuria, sin duda. Yo soy, aunque esté mal el decirlo, bastante experto en este campo. Para qué negarlo. He llegado incluso a estar hasta con tres diablasas a la vez. He iniciado a muchas en lo referente al uso de algunos poderes para esta práctica en cuestión, he experimentado con otras y proporcionado placeres infinitos a casi todas. E incluso algunas me han enseñado a mí más de lo que yo pretendía saber. En resumen, mi vida sexual es plena y muy satisfactoria, pero nunca he estado con una mortal, nunca con un alma. Ni lo había deseado siquiera, hasta hoy. Quizás era la mente del muchacho otra vez.

«Sí, claro. Engáñate a ti mismo si quieres», pensé.

En cuanto me recuperé un poco volví a mirarla. La verdad es que no podía quitarle los ojos de encima, maldita sea. ¿Por qué me gustaba tanto esa pequeña mortal? No era para nada mi tipo. A mí me gustan las mujeres altas, y a poder ser, rubias. Generalmente me inclino por los ojos azules y por *supuestísimo* por las que son de mi especie. Totalmente lo contrario de esa chiquilla. Y sin embargo... Nunca me han interesado las hembras mortales, a pesar de que no había tenido jamás contacto directo con una hasta hoy. Pero por lo que me he documentado a través de los libros y la televisión, las considero demasiado exigentes y dominantes con los varones. Muy por el contrario de las diablasas, que son de lo más complacientes con el sexo opuesto, en todos los aspectos. En eso también soy completamente contrario a mi hermano Beelzebub. A él le van las mujeres de todo tipo: diablasas, mortales... Creo que incluso se lo haría con una extraterrestre. No le importaría siquiera que fuera verde, con antenas y un tercer ojo en la frente siempre y cuando tuviera, como dice él, *un buen boquete en su jugo entre las piernas*. ¡Maldita sea! Es tan absolutamente vicioso y vulgar.

EL AURA

—Si no necesitas nada, deja ya de mirarme y estate atento a la clase, que hace cinco minutos que ha empezado —dijo aquella niña, sacándome de mi ensimismamiento—. El profesor Puig te va a meter bronca. Además, ¿por qué me miras? ¿Tengo monos en la cara? —Aunque ella sabía tan bien como yo que no era la cara lo que le estaba mirando.

—¡Sí! ¡Qué más quisieran los monos! —le solté sin pensar—. Es sólo que... nada. Gracias por... Gracias.

Me sonrió ampliamente, ruborizándose. ¿Tenía pecas? ¡O sí! Seis o doce quizás, salteaditas en los pómulos y la nariz. Era adorable.

—De nada. No me mires más y estate atento. Realmente creo que estás enfermo. —Bajó los ojos sonriendo. Mi reacción le divertía—. Grave, diría yo —añadió.

Desvié la vista por fin. Vaya día me esperaba. Encima se llamaba Eva, menudo chiste. La fruta prohibida según el de arriba.

No la vi más hasta la hora de comer. Yo iba con mis tres presuntos mejores amigos: Nil, Joel y Cristian. Buenos chicos, de mentes puras. Un blanco perfecto según mi misión. Menudo asco; me caían bien.

El comedor de la *Uni* estaba en el patio cubierto. Tenía *self-service*, máquinas de bebidas y helados, y servicio de cafetería donde se servían cafés, bollería y *snacks*. Los estudiantes que generalmente se quedaban a comer eran mayores que Fran, a partir de segundo curso, que tenían clases optativas. En el caso del muchacho, se quedaba para empollar de lo lindo en la biblioteca. Eso a mí, evidentemente, no me hacía falta. Con un rápido repaso a sus apuntes podría incluso conseguir que el chico acabara la carrera con matrícula de honor. Eva se sentaba en la mesa de enfrente con dos amigas. Tenían más o menos la misma pinta que ella, a nivel social e intelectual. Al físico ni de coña se le acercaban, desde luego, aunque no estaban mal. Pero es que esa Eva... estaba...

Me miraba de vez en cuando, les contaba algo y se reían. Supuse que les explicaba lo acontecido en clase de economía. ¡Qué humillante! Estaba a punto de leerles la mente cuando Nil me interrumpió.

—¡Hey, Fran! ¿Qué te pasa con la Evita, tío? La vas a fundir de tanto mirarla.

—No sé. Nunca me había fijado antes en ella. ¿No la encontráis... interesante?

—Pero... ¿Qué dices? —saltó Cristian—. ¿Cómo puedes siquiera mirarla teniendo a tus pies a la Tati?



Montserrat Bustos

—No la tengo a mis pies. —Arrugué la nariz—. Y ella es, bueno... muy superficial.

Los tres intercambiaron una mirada de sorpresa. Ahora fue Joel el que habló.

—¿La vas a plantar? ¿Me la puedo apropiar?

—No la va a plantar —dijo Nil—. No lo harás, o te hundirá. Te arrancará la cabeza y jugará a los bolos con ella. Te hará papilla, tío.

—¿Por qué tengo que seguir con ella si me he dado cuenta de que no me gusta? Mejor ahora que...

—¿Quieres ser un apestado, un marginado social?

—Ella sólo influye en las chicas —contesté, ya algo mosqueado de tantas monsergas.

—Todo el mundo la adora. ¡Hasta los *profes*!

Se turnaban para hablar. Primero uno, luego otro.

—Joel, ¿la quieres? Para ti. Viene hacia aquí —le dije.

—Sabía que estabas de guasa —contestó.

—En serio. ¿Quieres verlo?

Mi primer acto demoníaco. Rimbombante, como tú querías, padre, y humillante también. Esa Tatiana iba a saber quién era yo en realidad.

—¡Eh, Tati! No te acerques. Tenías razón, creo que es gripe.

—Bueno, pues te llamo luego. Vete a casa.

—No hará falta que me llames —subí el tono porque ya se estaba alejando—. Hemos terminado, corto contigo.

Cuando se giró parecía que los ojos le echaban chispas. Mi padre la querría, ya lo creo. Me asustaba pensar que al sentir su energía, quizás quisiera obtenerla demasiado pronto.

—¿Qué... es... lo... que... has dicho?

—Pues eso, que se acabó. —Miré a Eva por el rabillo del ojo. Ella y sus amigas tenían la boca abierta.

—¿QUE... TÚ... ME DEJAS A MÍ?

Escuché a Nil decir por lo bajo: «Está muerto, socialmente muerto».

—Eso parece, ¿no, niña? ¿Es que eres sorda? ¿O de tanta laca se te ha atrofiado el cerebro? —Ahora estaba eufórico.

—¿Quién eres tú, pobre diablo, para dejarme... a... mí?

Bueno, tenía que reconocer que en eso había acertado de pleno.

—Pues eso, un pobre diablo que se ha cansado de ti. No me van las engreídas, eso es todo. Además, te las das de moderna pero eres una mojjigata, niña.

EL AURA

—No me llames niña. —Estaba que trinaba—. Ya lo has hecho dos veces y no lo toleraré una tercera. Sabía que algo raro te pasaba hoy. ¿Qué son, drogas? ¿O te has entregado al alcohol como tu pobre tío?

Eso fue un golpe bajo incluso para mí. La diatriba de descalificaciones que le dije a continuación casi surgió sola.

—Mira, ¡NIÑA! —Se lo recalqué bien para enojarla aún más—. Ni estoy enfermo, ni drogado, ni borracho. Es sólo que tengo buen gusto. Pero de lo que sí estoy absolutamente seguro es que no soy ni ciego ni sordo. Me importa un pimiento que seas la popular o la reina del carnaval brasileño. Paso de ti. Preferiría hacer diez exámenes en un día, que pasar ese día contigo.

La gente murmuraba y se reía. El rostro de Tatiana estaba alcanzando un color que me hacía sentir como en casa. Era un rojo muy intenso.

—Además, estás muy plana, nena. Creo que deberías plantearte seriamente el operarte los pechos. —Ahora sí que había provocado que se desternillarán de risa todos los presentes, y eso me animaba aún más—. Poca cosa, una 95... una 100 quizás.

Tatiana se puso ante mí y alzó la vista para mirarme fijamente a los ojos.

—No me extraña que tengas tan poca educación. Es lo que acostumbra a pasarle a la gente que no tiene padres. Eres un don nadie y no mereces salir con alguien como yo.

—Desde luego, Alteza. ¡Oh! Reina de la *Uni*. —Le hice una reverencia—. ¿Sabes? No eres más que una engreída, frígida y sin tetas.

Me dio tal bofetón que casi me descoyuntó la mandíbula. Ahora era yo quien echaba chispas, pero lo mío era en un sentido de lo más literal. Me controlé como pude y no se lo devolví. Era demasiado bonita para perder los dientes. Además, por las lágrimas que le llenaban los ojos y la expresión de su cara me di cuenta de que la humillación había sido descomunal. Así que me limité a cruzarme de brazos y esperar a que ella lo terminara.

—¿Sabes? —dijo sin poder contener más las lágrimas, que empezaron a caer como un torrente por su cara—. Creo que sí que tienes la gripe, estás ardiendo.

Deduje que lo había notado por el calor que sintió en la mano al propinarme el tortazo. Giró sobre sus talones y se fue. ¡GENIAL! Ahora me sentía culpable. Menudo demonio de tres al cuarto estaba yo hecho. Por lo menos, el numerito había servido para saltarme la comida. Doy las gracias al Infierno por eso. Nosotros no necesitamos alimentarnos, aunque a muchos de los míos les encanta engullir esas porquerías que comen los mortales. En mi caso, me



conformo con un par de buenas tormentas eléctricas para cargarme las pilas y el resto de fuerza la proporcionan las almas que echamos al fuego eterno. Mi hermano Beelzebub se pirra por un alimento mortal... ¿Cómo se llama? Está loco por esa guarrada. «Haz algo útil cuando vuelvas —me dijo antes de que me marchara— y consígueme unos...». ¡Ay! ¿Cómo era? ¿Cómo se llamaban...? «DONUTS», eso. «¡Consígueme unos donuts!». ¡SEGURO! Sube y consíguetelos tú mismo. ¡Maldita sea! Para donuts estaba yo.

Me marché a casa alegando estar indispuerto. Ya tenía bastante por un día. Menudo desastre, y aquello sólo era el principio. No había hecho nada de lo que mi padre quería, y encima no podía quitarme a esa odiosa Eva de la cabeza; ocupaba toda mi mente. Para rematar, era creyente. Llevaba una cadenilla al cuello con una pequeña cruz que se metía en aquel canalillo que me traía loco. Cuando llegué, mi presunto tío estaba repantigado en el sofá durmiendo una mona descomunal. Ni me escuchó llegar, así que subí las escaleras hasta mi cuarto sin ni siquiera decir «Ya he llegado». Me tumbé en la cama, limitándome a pensar en esa chiquilla mortal y en qué era lo que tenía para hacerme perder la cabeza de aquel modo. No sé cuánto había pasado cuando el timbre de la puerta sonó. ¿Quién, por todos los ángeles retraídos, era ahora?

RING... RIIING. Quien fuera insistía.

—¡Eh, chico! ¿Estás en casa? Abre tú, anda, que yo estoy indispuerto —bramó mi tío.

Indispuerto. ¡Sí, seguro! Lo que tenía era una trompa como un piano. Riing, de nuevo. Estaba empezando a ser irritante. ¿Quién, por todos los rayos amainados, tenía tanta prisa?

—¡Ya voy! —grité.

Empezaba a ponerme impaciente yo también. Bajé los escalones de tres en tres. Tenía el ceño fruncido y los ojos desorbitados por la rabia, pero cuando abrí la puerta me cambió por completo el careto. Allí estaba esa preciosidad otra vez, frente a mi puerta, sonriendo. Me quedé mirándola con la boca abierta como un imbécil.

—Me estoy... quemando las manos. Toma, déjalo por ahí —dijo entregándome un *tupper*—. Y... hola —añadió.

Se había cambiado de ropa, probablemente por razones obvias, ya que iba enfundada en un jersey de cuello alto sin mangas como el que llevan las burbujitas de aquel anuncio de cava tan famoso. Pero daba igual, porque le ceñía que no veas. La mini también había sido sustituida por unos pantalones

EL AURA

nes vaqueros que le marcaban tanto las curvas que daba vértigo, y llevaba el pelo recogido en una coleta.

«¿Quieres dejar de mirarla de una vez y saludarla? —pensé—. Vamos, di algo, maldito tarado», continuó aconsejándome mi mente. Pero no me dio tiempo.

—Es caldo... de pollo —se adelantó ella—. Lo ha hecho mi madre. Creí que te apetecería... Te... sentará bien.

Por los demonios más antiguos que iba a tomármelo aunque me provocara arcadas el resto del día.

—¡Hummm...! Gracias —dije por fin—. Eres... muy amable.

—Quizás te parezca raro. No sé, apenas nos conocemos. De coincidir en alguna clase, pero...

Era cierto. Fran y ella sólo coincidían en una clase porque hacían carreras distintas. Él había optado por la Diplomatura de Empresariales y ella por Economía.

—Es sólo... bueno. Te has marchado sin comer y... parece enfermo y...

Y... Tatiana había resumido mi vida en dos segundos a bombo y platillo, por lo que imaginaba que con mi cuadro familiar no tenía muchas oportunidades de comer caliente si no era en la *Uni*. De hecho, prestándole un poco más de atención a los recuerdos de Fran, pude ver que sin duda era así.

—No... está bien. Yo... no sé cómo darte...

—¿No te quemas? Dios, yo no he podido sujetarlo más de un minuto, por eso he llamado tanto al timbre.

Ni me acordaba de que llevaba el *tupper* en la mano. No me acordaba ni de mi nombre cuando ella estaba cerca. ¿Qué me pasaba?

—Esto... sí, ahora lo dejo. —Hice una mueca como de dolor—. Quema —dije.

—Bueno, me voy. Y que te mejores.

—¡QUÉDATE! —casi se lo grité—. Bueno, podrías... quedarte un poco, y hacerme compañía... Estoy enfermo —le solté con una risita—. Cuídame —añadí.

Estaba empezando a desbarrar por completo, no cabía la menor duda.

—Lo que necesitas es descansar —dijo sonriendo también—. Y tomarte el caldo. Te sentará bien, aunque te advierto que no es gran cosa, es de sobre. A mi madre... no le gusta cocinar.

—Voy a por una cuchara antes de que se enfríe, no te vayas. —¿Estaba suplicando?—. Así te llevas el *tupper*.



Montserrat Bustos

—Bueno, me quedaré unos pocos minutos, ¿vale?

—Entra, por favor —dije apartándome de la puerta.

Dio un repaso de soslayo a la estancia y paró los ojos en mi tío, que se estaba acercando peligrosamente al coma etílico, pero era discreta y retiró los ojos con rapidez. Los fijó en mí.

—¿Estás seguro de que...?

—Mi habitación está arriba. —Entornó los ojos desconfiadamente—. No muerdo —dije sonriendo—. En serio —añadí.

—¿Seguro, señor Villa? Pues... hoy con Tatiana parecía que fuera usted a hacerlo.

¡Además era morbosilla! ¡Hummm... cómo me ponía!

—Ya, pero tú no eres ella. A ti sólo te ronronearé, como un gatito.

Ahora mi sonrisa era de lo más demoníaca. Se acercó más a mí y me susurró.

—Pues... quizás hasta te acaricie el lomo, si no sacas las uñas. —Solté un suspiro que movió hasta las cortinas del salón. Sin alzar la voz, continuó—. Sólo unos minutos. Tengo... que estudiar.